

Por el año 1549 arribaron los jesuitas á tierras brasileñas. Y en aquel mismo año, el reverendo padre Antonio, nacido en Sifi, de Lombardía, sufrió el martirio cerca del cabo de Comorin, alzado en el territorio índico entonces conocido con el nombre de Pesquería. Hallábase Antonio en el reino de Manancor, predicando la doctrina católica, y súbito le sorprenden las huestes del idólatra rey de Visnagar, dado continuamente á la guerra, como todos los caudillos de aquellas indóciles tribus. Antonio, que habia erigido una iglesia, congregó en sus sacras paredes, al tener noticia de tan terribles amenazas, á los portugueses, y los condujo á las naves, quedándose, despues de muy madura deliberacion, él en tierra, por lo cual fué sin piedad sacrificado.

No tenian solamente los jesuitas colegios de propaganda y casas de probacion para los novicios; tenian tambien colegios consagrados al ministerio de la enseñanza. Ya hemos visto los muchos que habian fundado al mediar el siglo décimo-sexto y no podríamos contar los que contaban ellos á fines del mismo siglo. El Doctor Araoz tenia uno tan afamado en Guipúzcoa que acudió á él durante los primeros años de su ingreso en el jesuitismo un personaje tan célebre como el Duque de Gandía. El cardenal don Francisco Mendoza fundó el colegio de Burgos, y el gran potentado Rodrigo Dueñas el colegio de Medina. No fué todo prosperidad para la Compañía, puesto que algunos varones ilustres, presintiendo y adivinando cuánto habian de comprometer sus excesos á la Iglesia católica, suscitaronle obstáculos, á veces invencibles. Entre los mayores enemigos del poderoso instituto, cuéntase con gloria suya el cardenal Silíceo. Fundado sin duda en el carácter, ni bien monástico ni bien secular de la poderosa institucion, y en los misterios que la circundaban y en la competencia que hacia de suyo lo mismo al clero secular que al clero regular, opúsose á su desarrollo, prohibiendo á los individuos de la orden ejercer la predicacion eclesiástica en el púlpito y la confesion auricular en los confesonarios. Tal medida de combate irritó con grande irritacion á los apóstoles de la humildad y de la obediencia. Cuando Ignacio lo supo, dijo, en son de amenaza, que, siendo la Compañía inmortal y mortal su perseguidor, no estaba en el caso de asustarse. El mismo padre Rivadeneira, una vez llegado en la «Vida del Santo» á este gravísimo hecho, se vuelve

airadísimo contra el Arzobispo sin consideracion de ningun género á su autoridad y á su jerarquía. Con apariencias de paloma y veneno de serpiente, destila el concepto de que acaso murió poco despues de dar tales órdenes, por haberlas dado, reo de la divina justicia. Y despues de apuntar esto, se huelga y regocija, considerando cómo los edificios erigidos por él para la gente de su Iglesia, pasaron á poder de los jesuitas. Y á la gente de su Iglesia la llama con el título despreciativo de clerizones, como indicando que por protegerla él, mas tenian las engañosas apariencias que las virtudes efectivas de sacerdotes y eclesiásticos. Al ver el odio de los jesuitas á todo sacerdote opuesto á su instituto, involuntariamente recuerda la memoria el irreverentísimo lenguaje de los diarios piadosos con los Obispos no participantes de sus supersticiones y de sus intransigencias. La misma rabia reconcentrada, el mismo furor bélico, la doblez en las palabras, la mala intencion oculta bajo engañosa reverencia: hé ahí el jesuitismo en todo lo fundamental de su naturaleza y en todo lo verdadero de sus tradiciones. Aspirando á dominar la Iglesia, no solamente en lo espiritual sino en lo temporal tambien, vuélvese airado contra todo intento de disminuir su poder y su influencia. Así el cardenal Silíceo tuvo que sucumbir á las maquinaciones jesuíticas. El Consejo Real dió razon á la orden de San Ignacio contra la furia del perseguidor y luego la autoridad pontificia de Julio III conminó con tales reconvenciones amenazadoras al primado de España que cedió y sucumbió este, no sin grandísimo dolor y pena, preso en la red tendida por la Orden de Jesus sobre toda la Iglesia católica.

Italia no podia quedarse atrás en la obra inmensa de tan formidable organizacion. Florencia tuvo, coincidiendo con los principios de su triste decaimiento, un grandioso colegio. Nápoles recibió la visita del discípulo Salmeron, y contó con este motivo escuelas é instituciones varias de la poderosísima Orden. Hércules de Este la llevó á Ferrara, decaida tambien como Florencia de aquel antiguo esplendor que alcanzara en los tiempos clásicos del Renacimiento. Organizada imperial y militarmente la mecánica y fuerte Compañía, delegaba con el título de padres provinciales á prefectos imperiosos y autoritarios. Premióse con tal distincion al célebre padre Lainez, quien lo mismo iba con autoridad á disputar en el Concilio de Trento que con arrojo á con-

tender en las plazas de Berbería. Puesto resueltamente á la cabeza del retroceso religioso el Emperador don Fernando, en ciertas ocasiones tan tímido y vacilante, proveyóle de soldados, y soldados fidelísimos, á su resolución la casa jesuítica de Roma. Los padres dominicos, aquellos inquisidores del siglo décimotercio, en quienes tantos intereses libró Roma, y con cuyo auxilio contó para la obra de sus victorias sobre las herejías albigenses, los padres dominicos cedieron parte de su casa en la capital de los dominios austriacos á los reciénvenidos jesuitas. Pero habiéndose levantado algunos celos y recelos entre la comunidad antigua y la nueva, diéronles de buena voluntad los superiores de la orden carmelita espacioso asilo. Allí murió Yayo, uno de los mas importantes en la decena de apóstoles que fundara el terrible instituto en defensa de la Iglesia católica. Saboyano tambien como su ilustre compañero, Fabro, á quien tantas veces hemos en la debida oportunidad mencionado, tenia el carácter fortísimo de los montañeses y peleaba espiritualmente como han peleado los habitantes de los Alpes en todas las grandes ocasiones históricas materialmente. Así recorrió Baviera, Suabia, Austria y toda Alemania; contendió con los herejes en Augsburgo; y le asaltó la muerte fabricando el gran colegio de Viena.

Mas no valia esto cosa en comparacion del colegio germánico, fundado para tener á Germania en poder de la formidable Compañía y contrastar así por todos los medios posibles la revolucion religiosa. Dominadores con absoluto dominio del Papa Julio III, impulsáronle á una los jesuitas á que lo fundase con su autoridad y lo sostuviese con sus recursos. Obra esencialmente pontificia, no podía, no, arrogársela como propia obra la invasora Compañía. Mas los jesuitas distaban mucho de satisfacerse con las apariencias vanas del poder, las cuales solian sacrificar fácilmente con tal de gozar su realidad. Pontificio de nombre, jesuita de veras, el colegio germánico fué un vivero espesísimo de católicos reaccionarios. Aquel célebre cardenal Morone, á quien tan caro costó, en tiempo del Pontífice Caraffa, el exequatur prestado á la orden jesuítica, sugirió en el ánimo de Ignacio la idea de fundar el colegio germánico, é Ignacio la sugirió por su lado en el ánimo de Julio III. Es curioso el motivo á que atribuía San Ignacio el carácter estragado que tomaran las provincias germánicas en materias religiosas. Ni la diferencia de tempera-

mento entre los latinos y los germanos, ni la célebre rivalidad histórica de las dos razas en el mundo antiguo confirmada por la invasion de los bárbaros y por la lucha entre el Pontificado y el Imperio, importaban cosa para la filosofía histórica de San Ignacio. La Reforma, segun él, habia nacido de la mala vida y costumbres en los eclesiásticos germanos, y á corregir este mal debia tirar instituto de suyo tan saludable como el reciente vivero de sacerdotes consagrados á la rebelde Alemania.

Naturalmente, ninguna ciudad tan idónea para oponerse de suyo al espíritu aleman como la ciudad de Roma. Su larga y prestigiosa historia, su absoluto dominio sobre aquel suelo y sobre aquellas conciencias, habíanle dado en el concepto de todos los católicos mucho de mágica virtud para contrastar y aun vencer á la Reforma. Por eso Ignacio y Morone, de acuerdo, establecieron en Roma la fortaleza del colegio germánico. Julio III, que con Gregorio XIII, es el Papa jesuita por excelencia, señaló rentas de su particular peculio para la sustentacion de los estudiantes alemanes. Mas no todos los sucesores de San Pedro, no todos, procedian de igual modo respecto á la célebre Orden. Paulo IV fué su enemigo implacable; y por tanto, enemigo implacable tambien de la institucion germánica. Y así como no se dió punto de reposo en perseguir á los cardenales, por cuyo consejo se instituyera la Compañía, no se dió prisa en prosperar el colegio fundado á la sombra de tan odiada institucion. Los historiadores jesuitas, á pesar de sus tendencias ultramontanas, ocultan con mucha dificultad el odio á los Papas enemigos de la Orden; y por ende ocultan con mucha dificultad el odio á Paulo IV. No se satisface, no, su rencor implacable con atribuir la muerte del Santo á la guerra entre franceses y españoles, atizada por el Papa su enemigo, delatan al anatema de los venideros la suspension temporal del colegio germánico debida en su sentir al odio del Pontífice á la Compañía, odio que trajo á Ignacio la triste necesidad tanto de contraer largas deudas como de distribuir á los mozos tudescos en los colegios varios ya fundados por él en la esperanza de tener un desquite y de llegar á mejores tiempos. Y en efecto, no se burlaron sus fundadas esperanzas. Al enemigo irreconciliable Paulo IV sucedió el amigo entusiasta Gregorio XIII; y bajo tan grande amistad creció en alumnos, en rentas, en poder é influjo aquel colegio germánico, ideado para exten-

der sobre la Revolucion religiosa el triste y fúnebre sudario de una reaccion espiritual. Con este motivo los historiadores jesuitas, reticentes siempre que hallan algun Papa como Paulo IV, cuyo entusiasmo por la idea católica no puede ningun historiador imparcial poner en tela de juicio, comparan fuera de sí, á Gregorio XIII, Pontífice vulgar y adocenado, nada menos que con Gregorio Magno y con Gregorio VII á quienes debe sus mejores dias la Iglesia universal.

Indudablemente como trabajo de organizacion y de propaganda nada comparable al jesuitismo y á la increíble actividad y celo de su ilustre fundador. Acordaos de cuando salia en los primeros años del siglo, tras larga y penosa enfermedad, lisiado de cuerpo, entristecido de alma, sin mas compañero que su paciente asnillo, sin mas guía que su indeliberado instinto, del solar de Azpeitia para irse á sus ejercicios de Montserrat, acordaos de aquel penitente solitario, ayuno, lacerado, lleno de imagines místicas y caballerescas, sin conocimiento claro de la vocacion de su alma y de la finalidad última de su vida, y comparadlo con este sumo imperante de las almas, quien funda una religion, establece y organiza una milicia, domina sobre los Pontífices, extiende la red apretada de su Compañía desde los mares sicilianos hasta los mares andaluces, surge á un tiempo en las Indias orientales y en las Indias occidentales, penetra en el Congo y en Goa, intenta romper las murallas de la China y atravesar las costas del Japon, y extiende sobre los resplandores del pensamiento moderno en su alborada las sombras de una espesa caliginosa noche; y al pensar que todo esto se ha intentado y concluido sin armas, sin recursos, por un hombre solo, de seguro, aunque no compartais sus ideas, admirareis su firme y robusta voluntad.

Cercano en resolucion á él, hállase indudablemente su discípulo y amigo San Francisco Javier. Hé ahí otra personalidad grandiosa, nacida indudablemente, como los conquistadores que domeñan reinos y como los marinos que descubren tierras nuevas, para empresas atrevidas y temerarias, en las cuales antes se necesita la fuerza del guerrero que la paciencia del asceta. Pocos hombres han luchado con las inclemencias de los elementos y con las crueldades horribles de los salvajes como este hombre, cuya voluntad parece una fuerza cósmica. Ni las lejanas distancias, ni los insalubres climas, ni los

encrespamientos del mar, ni los huracanes del aire detendrán á este indómito navarro, tallado en aquellas piedras de Roncesvalles, las cuales por sí mismas á una se movian y se precipitaban para tomar parte, como animadas de un soplo bélico, en los empeños de las grandes y fragorosas batallas. Y cuenta que su educacion habia sido una educacion de doctor y de maestro y no una educacion de combatiente y de guerrero. Lector de aristotélica filosofía en Paris, é hijo de una familia noble, habia pasado los años mejores de su vida en sábanas de Holanda y en la molicie y en el recreo de las cóstumbres aristocráticas y de las fecundas riquezas. Pero dotado de una fuerza de voluntad, solo comparable á la fuerza de voluntad en su modelo y maestro, cambió sus costumbres con rapidez suma por medio de aquellos ejercicios tan propios para trasformar la naturaleza humana, en cuyos recónditos senos penetran y ahondan. Roma le oyó jurar la obediencia y sumision á Ignacio. Y desde la hora suprema de tal juramento no tuvo mas voluntad que la voluntad soberana de su maestro, ni mas vida que la vida encerrada en el férreo y triste organismo de su órden. Desde Roma pasó á Portugal; desde Portugal á Mozambique; desde Mozambique á Goa; desde Goa luego á la tierra de Pesquería y al cabo de Comorin; desde el cabo de Comorin á Malaca; desde Malaca á las Molucas; desde las Molucas intentó unas veces ir al Japon, otras á la China; sin que detuvieran su paso ni contrastaran su voluntad las enfermedades disueltas en los aires y en las aguas, los feroces animales del desierto, los reptiles de las selvas, el odio al extranjero de la vieja civilizacion china y la horrible antropofagia del salvaje, pues como conquistador de las almas, blandia los rayos de la palabra humana, confiaba en las fuerzas del humano espíritu, y cuando mas oprimido y agobiado se veia por la triste adversidad, elevaba sus vuelos al Empíreo y ponía toda su confianza en la misericordia de Dios.

Naturalmente, empeño tan grande habia de chocar con la realidad y habia de perderse y estrellarse. El año 1552, cuando husmeaba el ingreso temerario en China, sorprendióle de súbito la muerte, á 20 de noviembre, dentro de una pobre choza de paja, y con el recuerdo puesto en su padre San Ignacio y el pensamiento en su Señor Jesucristo. Tres veces padeció naufragio; dos dias seguidos anduvo sobre frágil tabla á merced de